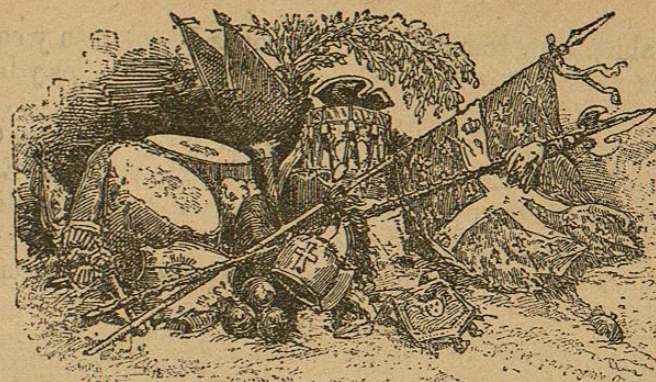


de la letra el famoso decreto: «*Ya no existe Lion*», amenazando la propiedad, Fouché los reprime vigorosamente y entonces buscan el apoyo de Robespierre, que habla en favor suyo.

Todos en Lion se dirigen á él creyendo ver una esperanza.

Esta táctica del jefe confundía á los robespierristas que lo seguían siempre—aunque fuera considerándolo como principio político—llegando á convertirse el apasionamiento en sumisión incondicional, en personal idolatría.

Es decir, crearon dentro de la Revolución un objeto de adoración monárquica.



CAPITULO IV

**Ataques de Desmoulins contra Robespierre (Febrero del 94).—
Robespierre amenaza á los dos partidos valiéndose de
Saint-Just (26 de Febrero del 94)**

Los montañeses contra Robespierre.—Aplanamiento general.—Alianza.—Solo Desmoulins no la consiente.—El infortunio de Fabre de Eglantine.—Lucila lo anima.—Sus ataques contra el comité de Seguridad.—Sus ataques contra Robespierre.—Inquietud de Robespierre.—Robespierre enfermo.—Alármale la actitud de la Convención.—Llama á Saint-Just.—Parece que Robespierre se aparta de sus doctrinas.—Como elevó la figura de Saint-Just.

La estrategia de Robespierre al terrorizar la Montaña daba por su resistencia una unidad en la que se hundían cuantas alianzas creábanse contra él. Todos se sentían perdidos si no aprovechaban aun su ascendiente en la Convención para que ésta aprobase á los montañeses, de suerte que al entablar el proceso Robespierre, se le pudiera decir: «Ya es cosa juzgada.»

La Montaña, pues, en semejante situación no pronunció palabra alguna que pudiera ofender el honor de ningun representante, conociendo que todo serviría de materia de acusación al enemigo.

Elogió á todos los representantes, hebertistas ó dantonistas y amnistió á otros, con gran contentamiento de los verdaderos patriotas que sabían que en semejante crisis no se podía tocar á los culpables sin comprometer toda la representación nacional y aun la misma República.

Se acogió no solamente á Lacoste y Baudot, que llegan del Rhin cargados con sus gloriosas banderas y de su no menos gloriosa desobediencia; no solamente á Charles, herido gravemente en la campaña y maltrecho de las calumnias jacobinas, si no también á hombres tan discutibles como Freron, culpables como Tallien, furiosos hebertistas como Javoque, Lequinio, Carrier mismo. No se veía en ellos más que hom-

bres que habían comprometido su vida por la Revolución y contra quienes los robespierristas aprovechaban hábilmente los odios y las venganzas locales.

Sufrido en la Convención, tolerado en los Jacobinos, Carrier, el brutal, el bárbaro, demostró ser un admirable diplomático. Elogió á los dantonistas á Westermann, llegando hasta decir que si Philippeaux se equivocó, se equivocó en conciencia.

La alianza de los partidos, tantas veces ensayada, parecía pronta á



... los prisioneros muertos en los Broxeeux. (Pág. 321)

hacerse esta vez bajo la influencia de la necesidad y del interés común. Era entonces más fácil aliarse por la gran fatiga moral, por la debilidad real de todos los criterios.

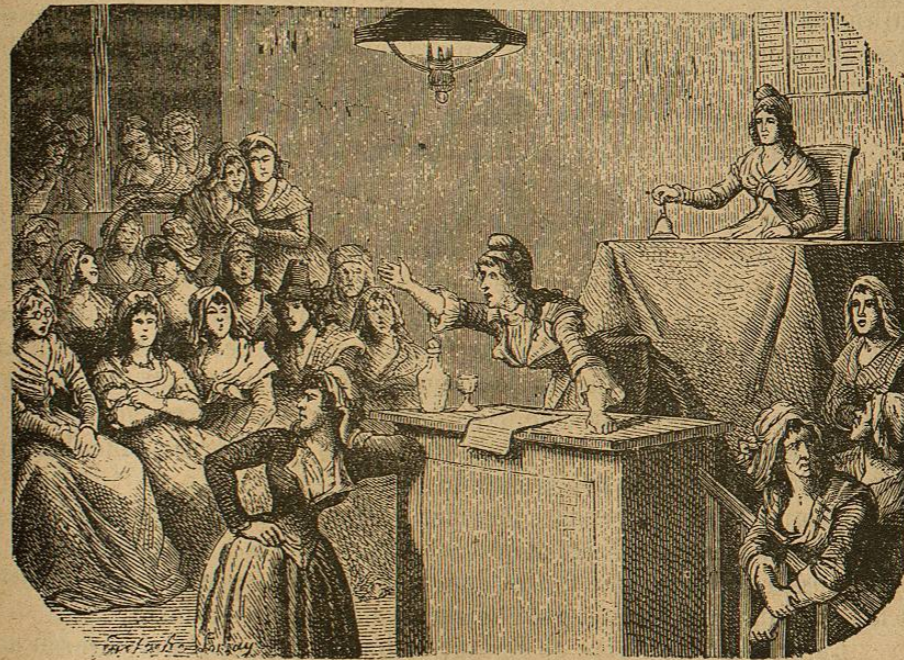
Los grandes obreros del comité y de la Convención pensaban más en los resultados de una victoria sobre Europa que en las divisiones de los partidos.

En las memorias de Carnot y para que se observen prácticamente las corrientes de unión, vemos que aquél y Collot-d'Herbois comen juntos en las Tullerías.

Collot, sin dificultad ninguna, se arregló con Danton y le atrajo la mitad de los jacobinos.

Collot quedaba siempre bajo la fatalidad del asunto de Lion, que se le aparecía á cada momento adoptando mil formas.

Grande era el desfallecimiento en los primeros hombres de la Revolución. Thuriot había perdido la palabra; su pecho débil no le permitía ya subir á la tribuna. Legendre hablaba todos los días, pero para aumentar su ridiculez; la ingenuidad de sus sentimientos, sus temores de la contrarrevolución, sus acentos coléricos, su exaltación patriótica, todo le daba á Legendre un aspecto cómico por la pobreza de su oratoria y los raros terminachos que empleaba para expresarse. Hacía reír hasta á la muerte.



En club de mujeres en 1796.

Más lamentable era la ruina de Danton. Su aplanamiento voluntario hubiera sido menos advertido si hubiese callado. Pero no, habló para denunciarse más. Se sentía el segundo de Robespierre para hundir á Cloutz y á la postre para que la selección jacobina dispensara el examen de su persona. Causa aun extrañeza cuando el 7 de Enero un dantonista propone que el comité viva bajo de la dependencia de la Convención. Danton envía el asunto al comité mismo.

El día 26 sintió como un chispazo de la verdad de aquella proposición; pero de tal modo se asustó que al día siguiente habló en sentido inverso.

Danton, por proteger las vidas de Westermann, de Merlin de Thionville, de Dubois-Grancé y otros, hubo de aproximarse mucho á Collot, Carrier y Hebert.

La dificultad de la alianza era en realidad Camilo Desmoulins. En el núm. 4 de su *Vieux Cordelier* había hecho imposible la alianza con Hebert. Había clavado en el pecho de éste una mortífera flecha; caminaba ya como un muerto. Ronsin mismo estaba herido gravemente, como Collot-d'Herbois. Los obstáculos levantados por el *Vieux Cordelier* eran irreductibles.

Para el abrazo de todos los políticos solo Camilo Desmoulins era un obstáculo. Entre tantos hombres fatigados, solo él, viviendo lejos de la tribuna, se conservaba entero. Libre de genio, campeando noblemente su tierna é ingenua inspiración, Desmoulins era aun algo puro que se descubría en aquel desastre de reputaciones, en aquella hecatombe de prestigios.

Volteriano, materialista, todo cuanto se quiera, el gran escritor no fué quien menos demostró en los peligros más terribles la soberana independencia de su alma.

El austero y espiritualista jefe de los jacobinos (en Septiembre y Enero) se alió con Hebert. Y fué precisamente el ligero Camilo, el bufon, quien apareció enemigo de esta alianza monstruosa, degradante.

Algo instintivo le indicaba á Desmoulins que iba á disfrutar otra vez de toda su fama, á recobrar su inmenso poder del 89. Al comenzar la Revolución y al terminarla la prensa quedaba reina de las reinas. La tribuna había desaparecido. Salvo algunas palabras elocuentes, soberbias, altivas de Saint-Just y algunas bellas y laboriosas lucubraciones de Robespierre, se había perdido la voz.

Camilo se sentía revivir. Después de haber languidecido en la lucha, se sentía Sansón. No contentó con destruir á los filisteos, quiero decir, á los hebertistas, con fuerza desconocida por lo poderosa, se abrazó á las columnas del templo y de la reputación de Robespierre.

La cuestión de Fabre de Eglantine había traspasado el corazón de Camilo hasta el extremo de abandonar á su maestro. Solamente la amistad pudo emanciparlo de la amistad. Es hermoso el párrafo que escribió el 15 de Enero cuando arrestaron á Fabre: «Considerando que al inmortal autor del *Philinte* ha sido encerrado en el Luxemburgo antes del cuarto mes de su almanaque, quiero aprovechar estos momentos en que aun poseo pluma y papel para publicar mi fe política, en la cual he vivido y moriré sea de una bala, de un estilete, sea de la muerte de los filósofos, como ha dicho el compadre Mathieu.»

Esta profesión de fe no pudo publicarse.

Nadie ha podido adivinar hasta 1836 por qué murió Desmoulins. Abatido ya por la censura pontifical que había sufrido en Diciembre y Enero en los Jacobinos, vió que ante él se elevaba un muro. Pudo Desmoulins abandonar la libertad de la palabra, pero no la de la prensa. Faltando esta Desmoulins quedaba sin atmósfera para respirar. Sentía que la piedra sepulcral pesaba sobre su pecho, pero quería hacer un esfuerzo sobrehumano para arrojarla lejos de sí.

¿Quién no veía entonces los peligros que corría el pobre artista? Entremos en esta humilde y gloriosa casa de la calle de la Ancienne-Comedie, (cerca de la calle Dauphine). En el primer piso vivía Freron y en el segundo Desmoulins con su encantadora Lucila. Sus amigos, aterrizados, llegaban para suplicarles que se pusieran en salvo, para advertirles los peligros, para mostrarles el abismo que abrían sus enemigos políticos. Un hombre no tímido, por cierto, el general Brune, íntimo de la casa, aconsejó la prudencia. Camilo sentó á su mesa al general Brune y trató de convertirlo á su causa. Precisamente el amigo Freron, entusiasta de Lucila, acababa de escribirle la victoria de Tolon.

Camilo á su manera quería ser un héroe: «*Edamus et bibamus*—dijo en latín á Brune para no ser entendido por Lucila—*eras enim moriemur.*» Después habló tan elocuentemente de la abnegación por la patria que Lucila lo abrazó: «Dejadle, dejadle, dijo Brune, que cumpla con su misión. El salvará la patria, y los que crean lo contrario no saborearán mi chocolate.»

Esta escena de carácter íntimo explica la explosión del número 7.

En este audaz número se dice lo que los más valientes tenían miedo de pensar. Ataca rudamente á los miembros del comité de Seguridad general, y aun á riesgo de provocar todo el odio de Robespierre, dice que á David no se le conoce que es patriota más que por el furor de su lenguaje.

Establece perfectamente que en el comité no figuran más que viejos fuldenses, antiguos girondinos convertidos.

Y después añade: «Fabre ha sido detenido porque poseo documentos acusadores contra Heron.» Heron, misterioso ingenio del poder, Heron que en todas las cuestiones graves nada hacía sin tomar el consejo del maestro, Heron iba á ser acusado.

En un ataque decisivo iban directamente las acusaciones contra Robespierre: «El demostró ser un gran carácter cuando en un momento de impopularidad se encaballó sobre la tribuna. Tu fuiste un esclavo y él un déspota desde el día en que dejaste que bruscamente te cortase la palabra.»

Semejante comparación de Octavio y Antonio parece una alusión cruel á Robespierre y Danton en el 19 de Junio, 10 de Agosto y 5 de Septiembre: «El cobarde Octavio que se había escondido, vencedor por el coraje de Antonio, insultó el cuerpo de Bruto, etc.»

No era esta la primera vez que Camilo aventuraba alusiones contra Robespierre. Entre estos rudos ataques que dirige ridiculiza á Nicolás, el *guardia de corps* de Robespierre, de modo que en lo sucesivo se le mira con curiosidad.

Con su rudo instinto Desmoulins encontró una delicada fibra á la que podía herir con éxito: esta era el amor propio literario de Robespierre.

Conviene saber que en Enero después de sus medidas contra Fabre y Philippeaux, creyendo haber ido demasiado de prisa y viendo que el proceso contra los representantes del pueblo aun estaba lejos, tanteó un terreno neutral desde el que se pudiera hablar sin decir nada, entre tener á los Jacobinos. Estableció, pues, una especie de concurso sobre los vicios del gobierno inglés.



ROSSIGNOL.

La sociedad dócil á Robespierre ofreció el más extraño espectáculo de ignorancia en materias económicas. Cada uno tomaba la discusión desde el punto de vista que le parecía, deduciendo caprichosas y erróneas consecuencias.

Fué como un montón de insipideces y tonterías. Duró aquello un mes, en que no ocurrió de notable más que algunos golpes de férula distribuidos por Robespierre. Y hubiese durado la campaña á no ser porque finalmente no se sabía si ayudar ó no al pueblo que ayudaba al gobierno inglés. Robespierre dijo que *no* en seguida y *si* al día siguiente (9 y 11 Pluvioso).

El despiadado Camilo lo perseguía aun en estos asuntos.

«Hablemos un poco de los vicios del gobierno británico.» Y con este motivo Camilo se divierte a costa de su maestro.



Batalla de Morbihan.

«Robespierre, sin duda, toma el papel de Brissot, que nacionalizó la guerra. Pitt ha debido reírse de este hombre que le llama imbécil y que ha demostrado su incapacidad más absoluta en la alta política.»